

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

I Y 2 TESALONICENSES,
I Y 2 TIMOTEO, TITO

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 1 & 2 Thessalonians* © 2002 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 1 Timothy* © 1995 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 2 Timothy* © 1995 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Titus* © 1996 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1561-6

1 2 3 4 5 / 16 15 14 13 12

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

I TESALONICENSES

*A Doug Virgint, quien ha traducido y publicado mis escritos
por varios años al francés, para que la Palabra de Dios pueda
irradiar su luz gloriosa a personas con recursos bíblicos limitados.*

*Me da mucha alegría ver la luz de la verdad
brillando en otras partes de la oscuridad.*

*Gracias Doug por ser un amigo, un facilitador
y un misionero verdadero.*

Contenido

Prólogo	7
Introducción a 1 Tesalonicenses	9
1. Identificación de los elegidos (1 Ts. 1:1-10)	17
2. Liderazgo espiritual a toda prueba (1 Ts. 2:1-6)	35
3. Descripciones paternales del liderazgo espiritual (1 Ts. 2:7-12)	47
4. Un pueblo para alegrarse y un pueblo para entristecerse (1 Ts. 2:13-16)	57
5. Fuera del alcance visual, no mental (1 Ts. 2:17-20)	69
6. El corazón del pastor (1 Ts. 3:1-10)	77
7. Una oración pastoral (1 Ts. 3:11-13)	87
8. Progresen aún más (1 Ts. 4:1-2)	95
9. Abstenerse del pecado sexual (1 Ts. 4:3-8)	101
10. La fe viva y práctica (1 Ts. 4:9-12)	113
11. ¿Qué pasa con los cristianos que mueren? (1 Ts. 4:13-18)	119
12. El día del Señor (1 Ts. 5:1-3)	135
13. Personas de la noche y personas del día (1 Ts. 5:4-11)	147
14. El crecimiento de un rebaño sano — Primera parte: La relación entre pastores y ovejas (1 Ts. 5:12-13)	159
15. El crecimiento de un rebaño sano — Segunda parte: La atención a los espiritualmente necesitados (1 Ts. 5:14-15)	169
16. Las responsabilidades de las ovejas ante el Gran Pastor — Primera parte: Gozo, oración y agradecimiento (1 Ts. 5:16-18)	177
17. Las responsabilidades de las ovejas ante el Gran Pastor — Segunda parte: No apagar el Espíritu, sino responder a la Palabra de Dios y tener discernimiento (1 Ts. 5:19-22)	185
18. La oración por la santificación completa (1 Ts. 5:23-24)	195
19. Peticiones finales de Pablo (1 Ts. 5:25-28)	205
Bibliografía	211
Índice de palabras griegas	213
Índice de temas	215

Prólogo

La predicación expositiva de todo el Nuevo Testamento sigue siendo para mí una experiencia de comunión y gratificación divinas. Mi meta siempre es tener una comunión más profunda con el Señor para entender su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo el significado del pasaje. Usando las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por “[ponerle] el sentido” al texto de modo que las personas puedan oír de verdad cómo Dios les habla y, al escucharle, puedan responderle.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entender a Dios y para ello necesitan conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more abundantemente en ellos (Col. 3:16). Por tanto, el impulso dominante de mi ministerio es ayudar a que la Palabra viva de Dios se avive en su pueblo. Es una aventura estimulante.

La serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja este objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son principalmente lingüísticos, otros son sobre todo teológicos, y algunos tienen un enfoque más homilético. Este es básicamente explicativo o expositivo. No es técnico en lo lingüístico pero usa la lingüística cuando parece útil para la interpretación apropiada. No es teológicamente amplio, pero se enfoca en las doctrinas principales de cada texto y su relación con todas las Escrituras. No es primariamente homilético aunque cada unidad de pensamiento se trata en general como un capítulo, con un delineamiento y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he procurado seguir de cerca el desarrollo y razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de esa parte de la Palabra de Dios, de forma que esa revelación pueda alojarse en la mente de los creyentes y llevarles a una mayor obediencia y fidelidad, todo para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 1 Tesalonicenses

En esta época de tanto interés por la profecía y los últimos tiempos, existe la tendencia a ver las epístolas a los tesalonicenses tan solo como tratados escatológicos. Sin embargo, eso pasa por alto toda la riqueza allí contenida. Estas epístolas sí incluyen enseñanzas importantes sobre el final de los tiempos (p. ej., 1 Ts. 1:10; 2:19; 3:11-13; 4:13—5:11; 5:23; 2 Ts. 1:7-10; 2:1-12), pero solo en el contexto de la preocupación pastoral apasionada de Pablo por su amado rebaño tesalonicense, para que no perdieran el gozo y la esperanza de una escatología coherente (p. ej., 1 Ts. 1:2-5; 2:7-8, 11-12, 17-20; 3:1-12; 4:1-12; 2 Ts. 1:3-4, 11-12; 2:13-14, 16-17; 3:5, 16, 18). Por lo tanto, pueden caracterizarse más precisamente como epístolas eclesiásticas.

Aunque el apóstol Pablo había ministrado solo un poco de tiempo en Tesalónica, estaba asombrado con lo que estaba ocurriendo allí. Sus cartas reflejan alegría por el progreso espiritual de los tesalonicenses en su breve tiempo como creyentes:

Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones (1 Ts. 1:2).

Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes. Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos (1 Ts. 2:13-14).

Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo (1 Ts. 2:19-20).

Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios? (1 Ts. 3:9).

Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así

con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más (1 Ts. 4:9-10).

Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis (1 Ts. 5:11).

Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis (2 Ts. 1:3-4).

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad (2 Ts. 2:13).

Las epístolas a los tesalonicenses señalan las características de una iglesia sana y creciente. Nos hablan de las responsabilidades de los líderes con la congregación (1 Ts. 5:12, 14-15); de la congregación con los líderes (1 Ts. 5:13, 25-28; 2 Ts. 3:1-2); de los creyentes para crecer espiritualmente (1 Ts. 5:16-22), de estar firmes en medio de la persecución (1 Ts. 2:14-16) y de vivir vidas ordenadas (2 Ts. 3:6-13); y la responsabilidad de la iglesia de disciplinar a los miembros en pecado (2 Ts. 3:6; 14-15). También hacen hincapié en la responsabilidad de la iglesia de alcanzar al mundo perdido con la verdad salvadora del evangelio (1 Ts. 1:8-10).

LA CIUDAD DE TESALÓNICA

Tesalónica (antiguamente Salónica), era la ciudad más grande e importante en la provincia romana de Macedonia (al norte de la Grecia moderna). Su ubicación en la cabecera del golfo Termaico (el golfo de Salónica), un brazo del mar Egeo, la hizo un puerto marino vibrante. Se extendía sobre las colinas con vista al puerto y tenía una población cosmopolita cercana a las doscientos cincuenta mil personas que incluían griegos nativos, romanos, marineros, viajeros, comerciantes y hombres de negocios. A diferencia de Filipos, cuya población judía no era suficiente para sostener una sinagoga (cp. Hch. 16:13), la presencia judía en Tesalónica era importante e influyente (cp. Hch. 17:1, 5-9).

Tal vez la mayor ventaja de Tesalónica era su ubicación a horcajadas de la vía Egnatia, la mayor carretera de este a oeste en el imperio romano, que iba desde lo que hoy es Albania hasta Bizancio (Constantinopla, Estambul). La principal calle de Tesalónica era parte de aquella gran carretera que enlazaba a Roma con las regiones orientales del imperio. William Barclay, observando la importancia

de la ubicación estratégica de Tesalónica en la vía Egnatia para el esparcimiento del evangelio, escribe:

Es imposible exagerar la importancia de la llegada del cristianismo a Tesalónica. Si se asentaba en ella, era de esperar que se extendiera hacia el Este por la vía Egnatia hasta conquistar toda Asia [Menor], y hacia el Oeste, hasta invadir a la misma Roma... La llegada del cristianismo a Tesalónica fue clave para que llegara a ser una religión universal (*Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie, 2005], p. 783).

Tesalónica fue fundada por Casandro alrededor del 315 a.C. Casandro fue uno de los generales de Alejandro Magno y llegó a ser rey de Macedonia después de la muerte de Alejandro. Le dio nombre al nuevo asentamiento, construido sobre un pueblo antiguo llamado Terme (supuestamente por unas aguas termales cercanas), en honor a su esposa, medio hermana de Alejandro Magno. Cuando los romanos conquistaron Macedonia (168 a.C.) y la dividieron en cuatro repúblicas, hicieron a Tesalónica la capital de una de ellas. Y cuando toda Macedonia se convirtió en provincia romana (148 a.C.), Tesalónica fue su capital. La ciudad tuvo la sabiduría (o la suerte) de respaldar a Antonio y Octavio en su campaña exitosa contra Bruto y Casio. La recompensa fue hacerla una ciudad libre en el 42 a.C. Como tal, aunque era la sede del gobernador romano, la ciudad no estaba ocupada por tropas romanas. Permaneció una ciudad griega, a diferencia de Filipos, fuertemente influenciada por las leyes y costumbres romanas. Tesalónica, como ciudad libre, tampoco tenía que pagar ciertos impuestos. Pero lo más importante fue que a la ciudad se le concedió una gran medida de gobierno propio; su pueblo elegía sus propios magistrados, llamados politarcos (“las autoridades de la ciudad”; Hch. 17:6). Aunque alguna vez los escépticos cuestionaron el uso de ese término, varias inscripciones han verificado su exactitud.

Tesalónica es una de las pocas ciudades visitadas por Pablo cuya existencia ha sido continua desde los tiempos paulinos hasta hoy día. Según la tradición, Gayo, compañero de viaje de Pablo, fue el primer obispo de Tesalónica. Él es uno entre varios tesalonicenses mencionados en las Escrituras (Hch. 19:29; al parecer, el Gayo mencionado en Hch. 20:4 es otro). Otros tesalonicenses que ministraron con Pablo incluyen a Aristarco (Hch. 19:29; 20:4; 27:2), a Segundo (Hch. 20:4) y posiblemente a Demas (2 Ti. 4:10).

Tesalónica fue la segunda ciudad más importante del imperio bizantino, después de Constantinopla. En la ciudad ocurrió un famoso incidente en el 390 d.C., cuando el emperador Teodosio ordenó la masacre de miles de sus habitantes tras una revuelta. Por ese acto de barbarie, Ambrosio, uno de los padres de la Iglesia, le negó la comunión hasta que se arrepintió públicamente. La ciudad sobrevivió repetidos ataques a través de los siglos; de los ávaros, eslavos, árabes,

búlgaros, sarracenos, normandos y turcos otomanos. Los nazis la capturaron en 1941 para luego deportar y ejecutar a la mayoría de los sesenta mil judíos que moraban en ella. Hoy día, Tesalónica sigue siendo una de las ciudades griegas más importantes, con una población cercana a los cuatrocientos mil habitantes.

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA DE TESALÓNICA

Pablo fue por primera vez a Tesalónica en su segundo viaje misionero. Después de viajar al occidente por toda Asia Menor hasta la región conocida como Misia, el apóstol y sus acompañantes habían llegado a un callejón sin salida. El Espíritu les había prohibido predicar en la provincia de Asia (al sur de Misia) y su intento de ir hacia el norte a Bitinia también fue bloqueado. Sin otro camino para seguir, fueron a Troas, una ciudad a orillas del mar Egeo. Allí Pablo tuvo una visión de un macedonio que le imploraba ir a aquella provincia para predicar el evangelio (Hch. 16:6-10). Después de cruzar el mar Egeo, fueron a Filipos donde la predicación valiente de Pablo desató una revuelta. Como resultado, Pablo y Silas fueron apresados, golpeados y puestos en cepos en la cárcel de la ciudad. Dios los liberó milagrosamente por medio de un terremoto y de allí resultó que el carcelero creyó en Jesucristo. Los magistrados, horrorizados al darse cuenta de que habían golpeado a ciudadanos romanos sin el beneficio de un juicio (un hecho que pudo haber tenido repercusiones serias sobre la ciudad y sobre ellos), rogaron a Pablo y Silas que salieran de Filipos.

En un viaje que debió haber sido espantoso, los predicadores maltrechos recorrieron 160 kilómetros por la vía Egnatia hacia Tesalónica. Al parecer, pasaron la noche en Anfípolis y luego en Apolonia, pero no predicaron en aquellas ciudades porque no había sinagogas judías. Pablo comenzó su ministerio en Tesalónica predicando el evangelio en la sinagoga del lugar, como solía hacer. Pasó tres sábados argumentando a partir del Antiguo Testamento que el Mesías debía morir y resucitar. Tal enseñanza revolucionaria contradecía la perspectiva judía prevalente del Mesías como un libertador político y militar que rescataría a Israel de sus opresores. Pablo proclamó que Jesús de Nazaret era el Mesías prometido. Como resultado de la predicación poderosa del apóstol, creyeron en el evangelio algunos judíos, un gran número de prosélitos gentiles e incluso algunas mujeres griegas de clase alta.

Es probable que Pablo se quedara en Tesalónica más que los tres sábados mencionados por Lucas (Hch. 17:2). En 1 Tesalonicenses 2:9 y 2 Tesalonicenses 3:8 Pablo recuerda a sus lectores que trabajó para sostenerse mientras estuvo en su ciudad para no serles carga. No habría necesitado hacer eso si hubiera estado tan solo dos o tres semanas, ni habría sido una carga para ellos en tan poco tiempo. Aunque muchos de los gentiles convertidos eran judíos prosélitos que asistían a la sinagoga, muchos se convirtieron directamente de su adoración pagana a los

ídolos (1 Ts. 1:9) lo cual sugiere que Pablo tuvo un ministerio en Tesalónica por fuera de la sinagoga, como en Corinto (Hch. 18:4-7). El cuidado pastoral profundo que dio Pablo a los tesalonicenses conversos (cp. 1 Ts. 2:11-12) y el afecto igualmente profundo que se desarrolló entre ellos (cp. 1 Ts. 2:8; 3:6-10) sugieren una estadía más larga. El tamaño y la vitalidad de la iglesia cuando Pablo se fue sugiere que hacía tiempo que se había separado de la sinagoga. Por último, lo que es más importante, los filipenses enviaron dos veces una ayuda a Pablo durante su tiempo en Tesalónica (Fil. 4:16). No le habrían hecho el segundo envío si él hubiera estado sólo un par de semanas.

Cuando los judíos vieron el éxito de Pablo en ganar prosélitos gentiles para Cristo, el resentimiento leve se convirtió en una llama. Tras reunir una banda de matones en la plaza del mercado, asaltaron la casa de Jasón en busca de los predicadores cristianos. Como no los encontraron, los judíos frustrados echaron mano de Jasón y de otros cristianos y los arrastraron ante los politarcos. La acusación falsa de traición era extremadamente peligrosa (“Todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús”; Hch. 17:7), calculada para “[alborotar] al pueblo y a las autoridades de la ciudad [que oían] estas cosas” (Hch. 17:8). El pueblo y los politarcos sabían esto muy bien:

La sola insinuación de traición contra los emperadores solía ser fatal para los acusados. Tal cosa requería que los politarcos actuaran, pues, si no lo hacían, se expondrían a la acusación de traición por haber cuidado poco el honor del emperador. Muchos hombres se habían arruinado por esa acusación con emperadores anteriores (Sir William M. Ramsay, *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen* [San Pablo, viajero y ciudadano romano] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1975], pp. 229-230).

La amenaza para la libertad de Tesalónica era importante; si los politarcos no mantenían el orden, los romanos intervendrían.

Sin embargo, mostrando una preocupación loable por la justicia, los politarcos tan solo requirieron una promesa o compromiso de Jasón y los otros para liberarlos. Sir William Ramsay señala que: “La decisión de los politarcos fue la más suave entre las prudentes, dadas las circunstancias: les pusieron una fianza para asegurar que la paz se mantuviera” (*St. Paul the Traveller and the Roman Citizen*, p. 230). Puesto que Jasón y los demás perderían la fianza si los judíos se alborotaban de nuevo, Pablo y Silas se fueron de Tesalónica.

LA OCASIÓN DE 1 TESALONICENSES

Después de verse obligado a abandonar Tesalónica, el equipo misionero salió para Berea, a unos 80 km de distancia. Allí desarrollaron un ministerio exitoso hasta

que llegaron unos judíos de Tesalónica que crearon dificultades, y Pablo, una vez más, tuvo que salir de la ciudad. Sin embargo, en esta ocasión Silas y Timoteo pudieron quedarse allí. Desde Berea, Pablo marchó a Atenas, donde más tarde sus compañeros se reunieron con él.

Aunque separado por la fuerza de los tesalonicenses, Pablo se preocupó profundamente por ellos. El apóstol expresó la angustia que sentía en 1 Tesalonicenses 2:17-18: “Pero nosotros, hermanos, separados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, tanto más procuramos con mucho deseo ver vuestro rostro; por lo cual quisimos ir a vosotros, yo Pablo ciertamente una y otra vez; pero Satanás nos estorbó”. Su preocupación eran tan grande que envió a Timoteo de vuelta a Tesalónica; aun cuando eso le dejó con la tarea formidable de evangelizar a Atenas él solo (también envió a Silas de Atenas a Macedonia, posiblemente a Filipos; cp. Hch. 18:5):

Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe... Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano (1 Ts. 3:1-2, 5).

Para inmenso alivio y alegría de Pablo, cuando Timoteo se encontró con él en Corinto (Hch. 18:5), adonde fue el apóstol cuando salió de Atenas (Hch. 18:1), le dio un informe alentador de la situación en Tesalónica:

Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor. Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios (1 Ts. 3:6-9).

Pero aunque el informe de Timoteo era alentador en general, había algunos asuntos de Tesalónica que preocuparon a Pablo. La iglesia necesitaba apoyo para estar firme porque la persecución que expulsó a los misioneros de Tesalónica no había disminuido (1:2-10; 2:13-16). Más aún, los enemigos de la verdad estaban esparciendo mentiras y calumniando a Pablo y sus compañeros. Afirmaban que los predicadores cristianos solo estaban en esto por negocio y para tener buena reputación. Insinuaban incluso que, después de haber provocado una revuelta, los misioneros huyeron de la escena, dejando a sus conversos engañados para

que ellos enfrentaran solos las consecuencias. Puede que incluso argumentaran que la no comparecencia de los misioneros ante los politarcos era una admisión tácita de culpa. La incapacidad de Pablo para volver a Tesalónica pudo usarse para probar que a él no le interesaban los creyentes tesalonicenses. Para contrarrestar esas mentiras y calumnias insidiosas, Pablo defendió enérgicamente la integridad de Timoteo, de Silas y la suya (2:1-12). También le preocupaba que los nuevos conversos no cayeran de nuevo en la inmoralidad pagana tan prevalente en su cultura (4:1-8). Al apóstol también le preocupaba la reputación de los tesalonicenses con la gente de fuera de la iglesia; por tanto, los animaba continuamente a amarse unos a otros fervientemente y a trabajar con diligencia (4:9-12). La carta, además, corrige una interpretación errónea sobre los últimos tiempos (4:13—5:11) e instruye a la congregación tesalonicense en los aspectos básicos de la vida cristiana (5:12-22).

EL AUTOR DE 1 TESALONICENSES

La carta afirma dos veces que Pablo es su autor (1:1; 2:18), armoniza bien con los relatos de Hechos sobre sus viajes (2:1-2; 3:1-2; Hch. 16—18) y contiene muchos detalles íntimos de Pablo. La carta muestra claras evidencias de haber sido escrita al comienzo de la historia de la iglesia, durante el tiempo en que vivió Pablo. No hay referencia a la organización de la iglesia o a un ministerio especializado; solo una referencia general en 5:12 a “los que trabajan entre [ellos], y [los] presiden en el Señor, y [los] amonestan”. Un falsificador que escribiera después de la muerte de Pablo no habría permitido la posibilidad de que Cristo pudiera regresar en tiempos de los apóstoles (4:15, 17). El vocabulario es coherente con el de las otras cartas inspiradas paulinas (cp. William Hendriksen, *New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy and Titus* [Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], pp. 20-21).

El testimonio de la naciente iglesia también respalda la autoría paulina de 1 Tesalonicenses. El canon muratorio (ca. 170 d.C.) e Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría, quienes fueron padres de la iglesia, afirmaron su autoría. Incluso Marción, el hereje que negó la autoría de varias cartas de Pablo, reconoció la autenticidad de 1 Tesalonicenses. Eusebio, historiador de la iglesia, quien escribió al comienzo del siglo IV, incluyó 1 Tesalonicenses entre las cartas paulinas.

FECHA Y LUGAR DONDE SE ESCRIBIÓ 1 TESALONICENSES

Pablo escribió esta epístola desde Corinto, donde fue cuando salió de Atenas, como se dijo anteriormente. Timoteo, después de que Pablo lo enviase de vuelta a verificar la situación en Tesalónica, se encontró con Pablo en Corinto y le entregó

el informe (Hch. 18:5; 1 Ts. 3:6). La inclusión de Silas en el saludo de Pablo en la carta indica que fue escrita en el segundo viaje misionero, pues Silas no lo acompañó en su tercer viaje (Silas no se menciona en Hechos después de 18:5).

La estadía de Pablo en Corinto se puede correlacionar con el período de Galión como procónsul (Hch. 18:12). En Delfi, no muy lejos de Corinto, se encontró una inscripción que hace referencia a Galión como procónsul de Corinto a comienzos del 52 d.C. Como los procónsules asumían sus cargos durante el verano, Galión debió haber comenzado en el verano del 51 d.C. El juicio de Pablo ante Galión (Hch. 18:12-17) probablemente ocurriese poco después de que este asumiera el cargo. Como, al parecer, Pablo había estado en Corinto por un tiempo antes de la llegada de Galión, y escribió 1 Tesalonicenses poco después de su llegada al lugar, la epístola probablemente se escribiese al final del 50 d.C., o a comienzos del 51 d.C.

BOSQUEJO

- I. Saludo de Pablo (1:1)
- II. Cuidado pastoral de Pablo (1:2–3:13)
 - A. Describe su agradecimiento (1:2-10)
 - B. Defiende su integridad (2:1-16)
 - C. Define sus preocupaciones (2:17–3:13)
- III. Instrucción práctica de Pablo (4:1–5:22)
 - A. Pureza moral (4:1-8)
 - B. Vida disciplinada (4:9-12)
 - C. El arrebatamiento (4:13-18)
 - D. El día del Señor (5:1-11)
 - E. Relaciones eclesiales (5:12-15)
 - F. Vida cristiana básica (5:16-22)
- IV. Bendición de Pablo y amonestación final (5:23-28)

Identificación de los elegidos

1

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:1-10)

Los tesalonicenses, como todos los creyentes, eran elegidos de Dios. Por tal motivo el apóstol Pablo comenzó su carta expresando su agradecimiento por el don divino de la salvación de ellos. Los creyentes solo pueden discernir si alguien es elegido después que Dios ha regenerado y santificado el alma. Pablo no conocía el decreto eterno de Dios sobre la elección, pero podía ver qué vidas evidenciaban la salvación genuina (cp. 2:13).

Pablo sufrió mucho y sin cesar por la causa de Cristo, y llevaba en sus hombros la responsabilidad abrumadora y el cuidado de todas las iglesias. A la iglesia de Corinto le describió así su carga:

De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una

noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias (2 Co. 11:24-28).

En vista de ese sufrimiento severo en medio de pesadas responsabilidades, debió haber sido estimulante y emocionante para Pablo haber ministrado a los elegidos de Tesalónica, a quienes en esta carta consideró dignos de elogios y ánimos. En la situación que experimentó en Tesalónica, los creyentes mostraron muchas características que identifican a los elegidos. Comenzó su primera carta con un reconocimiento de esas virtudes. Las organizó bajo dos categorías: la condición presente de los tesalonicenses (fe que obra, amor que actúa y esperanza inquebrantable) y la conversión pasada (recepción del evangelio en el poder del Espíritu Santo, imitación auténtica del Señor, perseverancia gozosa en la tribulación, comportamiento ejemplar de los creyentes, proclamación de la Palabra en todo lugar, transformación total de la idolatría y espera expectante del regreso de Cristo). Pablo hace una pausa entre estas dos listas en el versículo 4 para afirmar que entiende la elección de la iglesia tesalonicense. Antes, como es usual, abrió la carta con un saludo para sus amigos amados.

SALUDO DE PABLO

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones. (1:1-2)

Aunque Pablo fue el apóstol más influyente de la naciente iglesia, en su saludo a los tesalonicenses no se identifica como tal. Al parecer, en las iglesias de Macedonia su apostolado nunca se cuestionó porque ni en sus cartas a la iglesia de Tesalónica ni en la carta a la iglesia de Filipos comenzó identificándose como apóstol. Esas iglesias no habían cuestionado su condición de apóstol, aunque después defendería su integridad y sinceridad (1 Ts. 2:1-6). Aquí se identifica sencilla y humildemente como **Pablo**. Y con esa misma actitud humilde incluye a sus colaboradores, **Silvano** (Silas) y **Timoteo**, tratándolos como a iguales.

Silas, probablemente un judío helenizado, era un miembro prominente de la iglesia de Jerusalén, y acompañó a Pablo en el segundo viaje misionero (Hch. 15:40) y después fue escribano de Pedro (cp. 1 P. 5:12). **Timoteo** era oriundo de Listra (Hch. 16:1-3), una ciudad de Asia Menor. Era hijo en la fe de Pablo (1 Co.

4:17; Fil. 2:22; 1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1) y su protegido. Estuvo con Pablo en el segundo y el tercer viaje misionero, y permaneció cerca del apóstol en su primer encarcelamiento de Roma (cp. Fil. 1:1; Col. 1:1; Flm. 1). Después, Timoteo sirvió en la iglesia de Éfeso (1 Ti. 1:3) y también estuvo preso (He. 13:23). Pablo, al final de su vida, le escribió las dos cartas inspiradas cuando Timoteo estaba en Éfeso.

Los tres hombres conocían bien a los creyentes tesalonicenses. Fundaron la iglesia de Tesalónica (Hch. 17:4) y después Timoteo verificó que ésta estuviera bien y llevó un informe positivo a Pablo (1 Ts. 3:6). Pablo incluyó los nombres de sus colaboradores en el saludo porque los tres apreciaban mucho a los tesalonicenses.

El uso de la palabra griega que traduce **iglesia** (*ekklēsia*) enfatiza la elección de los tesalonicenses. *Ekklēsia* está relacionado con la frase *ek kaleō*, “convocar”, y significa “los convocados” o puede significar “los elegidos”, en especial cuando se relaciona con la frase “él los ha escogido” (v. 4, NVI), que es específica. Pablo tenía la certeza de que los tesalonicenses estaban entre los elegidos de Dios porque había visto evidencia de su transformación.

El apóstol reflexionó sobre la naturaleza de la iglesia, con la expresión algo inusual **en Dios Padre y en el Señor Jesucristo**, para demostrar la unión vital e inextricable de los tesalonicenses con Dios y Cristo (cp. 2:14; 2 Ts. 1:1). Participaban ellos en la vida misma de Dios y la de Cristo. Hay una unión espiritual indivisible entre Cristo y los suyos. Pablo enseñó en sus cartas del Nuevo Testamento que los creyentes no solo creen hechos *acerca de* Jesucristo; ellos están *en* Jesucristo. A los gálatas dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). A los colosenses les recordó: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). Ese es el misterio inexplicable e incomprensible de lo que significa ser cristiano: que Dios, Cristo y el Espíritu Santo (Ro. 8:9, 11; 1 Co. 3:16; 2 Ti. 1:14) viven dentro del creyente y el creyente vive en ellos compartiendo la vida divina y eterna.

Es importante notar que en esta declaración profunda del versículo 1 Pablo usó la preposición **en** solo una vez. Al usar una única preposición en la frase **en Dios Padre y en el Señor Jesucristo**, enfatiza la igualdad de esencia entre el Padre y el Hijo [N.T.: En la NASB, la versión usada en el original inglés, solo aparece una vez la preposición *en*]. También cabe destacar que Pablo usó el título completo del Salvador: **el Señor Jesucristo**. Así combina en una frase todos los aspectos principales de su obra redentora. **Señor** lo describe como el gobernante soberano y creador, quien nos hizo, nos compró, nos gobierna y a quien debemos nuestra lealtad. **Jesús** (“Jehová salva”) se refiere a su humanidad; fue el nombre que recibió en su nacimiento (Mt. 1:21, 25). **Cristo** (“el ungido”) es el término griego para el Mesías, el prometido por Dios para cumplir su plan de redención.

Pablo continuó el saludo con su usual **Gracia y paz sean a vosotros** (cp., p. ej., 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3; Ef. 1:2; Fil. 1:2). **Gracia** es el favor inmerecido de Dios para el pecador en el perdón completo del pecado y el otorgamiento de

la vida eterna, y **paz** es el resultado de tan sorprendente regalo de amor. Pablo deseaba que los tesalonicenses experimentaran continuamente la plenitud de la **gracia** de Dios. Entonces no solo poseerían **paz** inacabable con Dios; también experimentarían en sus corazones una **paz** que sobrepasaba su entendimiento humano (Fil. 4:7). La **gracia** y la **paz** son las porciones diarias del cristiano: todos los días reciben la **gracia** divina para cubrir sus pecados y la **paz** divina para aliviar su culpa.

Era comprensible que el apóstol Pablo y sus compañeros dieran **siempre gracias a Dios por todos ellos, haciendo memoria de ellos en sus oraciones** (v. 2). Pablo, Silas y Timoteo agradecían a Dios **por todos** ellos porque todos los creyentes de Tesalónica eran elegidos de Dios.

Como los tesalonicenses eran elegidos, vivían para honrar a Cristo. El apóstol subrayó su agradecimiento citando las tres primeras cualidades que demuestran que Dios los había elegido en su soberanía y que se manifestaban en su santificación.

SU CONDICIÓN PRESENTE

acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. (1:3)

Aquí comienza Pablo una letanía de alabanza a Dios por la evidencia de la salvación que mostraban los tesalonicenses en el presente. Agradeció a Dios la fe de ellos que obraba, el trabajo que amaba y la esperanza que persistía. Esta tríada de virtudes cristianas era un tema favorito de Pablo (cp. 1 Co. 13:13; Col. 1:4-5; 1 Ts. 5:8).

LA FE QUE OBRABA

acordándonos sin cesar... de la obra de vuestra fe, (1:3a)

Pablo recordaba **sin cesar** en oración agradecida estas cualidades espirituales fundamentales, la primera de las cuales era **la obra de la fe** de los tesalonicenses. La verdadera fe salvadora en Jesucristo siempre dará como resultado la **obra** poderosa de Dios que cambia la disposición o naturaleza de la persona. **La obra de la fe** es la acción representativa del poder transformador de la regeneración (2 Co. 5:17). En palabras simples, los elegidos se dedican a las obras justas y santas para honrar a Dios. **Obra** es la palabra griega *ergon* y se refiere al hecho, logro o función como tal. Pablo confiaba en la elección de los tesalonicenses porque su **fe** —el don divino auténtico de salvación y santificación— producía acciones justas en sus vidas.

Sin embargo, las palabras de Pablo aquí no contradicen su enseñanza clara en otras partes sobre la salvación por sola fe, sin necesidad de las obras humanas. Por ejemplo, en Romanos 3:20-21 declara: “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas”. Luego Pablo afirma lo siguiente sobre los pecadores: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (vv. 24-25; cp. 4:4; 5:1; Ef. 2:8-9).

No obstante, el Nuevo Testamento también enfatiza el lado activo de la fe: la salvación producirá necesariamente una conducta santa. Tal enseñanza no se opone a la justificación por la fe sola, por la sola gracia y, en realidad, cuando se entiende apropiadamente, complementa dicha doctrina. Pablo es claro en el comienzo de Romanos al decir que las obras fluyen de la fe salvadora: “[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad” (2:6-7). Eso no quiere decir que las personas puedan *obtener* su salvación por sus buenas obras, sino que esas buenas obras *verifican* su salvación.

Pablo instruyó así a los efesios: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:8-10). La razón por la cual los creyentes realizan buenas obras es porque Dios obra en ellos (Fil. 2:13).

Pablo describió la transformación de los creyentes diciendo que va de una forma de esclavitud a otra:

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia... ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eternal (Ro. 6:16-18, 21-22).

El apóstol Santiago también enseñó que las buenas obras deben estar presentes en las vidas de quienes profesan fe en Cristo; de otra forma dicha profesión no es genuina.

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Stg. 2:18-22, 26).

Los creyentes desobedecerán los mandatos de Dios en ocasiones y no harán su voluntad, pero siempre anhelarán obedecer (Ro. 7:18-20) y manifestarán el fruto espiritual verdadero de la obediencia (cp. Jn. 15:5). Por definición, la fe salvadora auténtica está inclinada hacia la obediencia a Dios, y esta lleva inevitablemente a **la obra de la fe** por la cual Pablo elogió a los tesalonicenses.

AMOR QUE TRABAJABA

del trabajo de vuestro amor (1:3b)

La segunda característica de los elegidos es el **trabajo del amor**. Los cristianos verdaderos ministran motivados por el amor al prójimo. Amar, incluso a los enemigos, es una expresión del poder de la salvación (cp. Mt. 5:44; Gá. 6:10). Amar a otros creyentes también es evidencia de la salvación, como se declara explícitamente en 4:9: “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros”. Pedro también lo afirmó: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 P. 1:22). El apóstol Juan también lo expresó cuando escribió: “El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo” (1 Jn. 2:10). Luego declaró que tal amor es evidencia definitiva de la salvación: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (3:14; cp. Jn. 13:35; 1 Jn. 2:9, 11; 3:10; 4:20). Este **amor** es parte del fruto del Espíritu, producido en aquellos guiados por el Espíritu (Gá. 5:22). **Trabajo** es la palabra griega *kopos*, y denota la clase de trabajo duro, agotador y arduo, hecho hasta el punto de la extenuación. A diferencia de *ergon* (**obra**), cuyo enfoque está en el acto como tal, *kopos* se enfoca en el esfuerzo invertido para lograr una tarea particular. Es un esfuerzo que consume las energías de la persona hasta el máximo nivel. La forma de **amor** más altruista (*agapē*) motiva esta clase de esfuerzo espiritual. A este esfuerzo se refirió el apóstol Pablo como la obra de los creyentes para promover la verdad divina y el reino del Señor porque aman sinceramente a las personas.

Más aún, además del amor por creyentes e incrédulos, Romanos 8:28 identifica

a los elegidos —quienes están incluidos en el propósito eterno de salvación de Dios— como “los que aman a Dios”. Tal característica es básica en cualquiera que adore para salvación al Dios vivo y verdadero y al Señor Jesucristo, y es la razón real para amar a los demás:

A los extranjeros que se han unido al SEÑOR para servirle, para amar el nombre del SEÑOR, y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto (Is. 56:6, NVI).

Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman (1 Co. 2:9).

Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él (1 Co. 8:3).

La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén (Ef. 6:24).

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Stg. 1:12).

Para una explicación detallada de este amor a Dios, véase *Romanos 1—8*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento (Grand Rapids: Portavoz, 2010), pp. 536-540.

El cristianismo auténtico siempre se ha definido por el amor a Cristo. En 2 Corintios 5:14, Pablo dice: “El amor de Cristo nos constriñe” (cp. Gá. 5:6). Quienes son indiferentes a ello van camino al infierno, a menos que se arrepientan: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Co. 16:22). Por lo tanto, el **trabajo** del **amor** de los creyentes tesalonicenses era otra marca de su elección (cp. 2 Ts. 1:11).

LA ESPERANZA QUE PERSISTÍA

delante del Dios y Padre nuestro... de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo. (1:3a-3c)

La tercera evidencia de la salvación es la **constancia en la esperanza**. Todos los cristianos tienen la **esperanza en el Señor Jesucristo**: la expectativa perseverante de recibir su herencia eterna y de ver la gloria futura de Cristo.

Los redimidos buscan la aparición futura y gloriosa del **Señor Jesucristo** (véase más abajo la explicación de 1:10). Pablo declaró que la salvación instruye a los creyentes en esa **esperanza**: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para

salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:11-13).

El apóstol podía enseñar y animar a otros en esta gran **esperanza** (Ro. 5:1-2; Ef. 1:11; Col. 1:27) porque en su propia vida confiaba en ella: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Ti. 4:8).

Pedro abrió su primera epístola con el anuncio de la bendición de Dios que trasciende todas las bendiciones: “Una esperanza viva... una herencia... en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios... cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P. 1:3-7). Esta esperanza es la misma a la cual se refirió Pablo cuando escribió: “Porque en esperanza fuimos salvos” (Ro. 8:24).

Constancia traduce la palabra griega *hupomonē*, que conlleva la idea de resistencia y perseverancia; literalmente, denota la condición de permanencia bajo presión. Está relacionada de cerca con el concepto teológico que los reformadores llamaron “la perseverancia de los santos” (cp. Ro. 2:7; 2 Ts. 1:4; Ap. 14:12); esto es, los cristianos se asirán a su esperanza hasta el final. No hay nada que deba provocar que los cristianos verdaderos pierdan su confianza en las promesas de Dios: “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn. 5:4-5). Para los creyentes, la esperanza verdadera es un anhelo y un gemido por estar “presentes al Señor” (cp. 2 Co. 5:2-8).

La **esperanza** (*elpis*) de los tesalonicenses era firme porque estaba anclada en el inmutable **Señor Jesucristo**. El escritor de Hebreos expresó muy bien la seguridad de esta **esperanza** cuando escribió:

Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (He. 6:18-20).

El contexto indica que las “dos cosas inmutables” son la promesa y el juramento de Dios (v. 17); estas hacen imposible que cambie la esperanza de los creyentes en el evangelio. Más aún, tiene asegurada esta esperanza por la intercesión de Cristo, el sumo sacerdote eterno, y Él la mantiene a salvo dentro del santuario celestial impenetrable donde Él mismo hace guardia por los suyos (He. 7:25; cp. 4:15-16). La **esperanza** trasciende la expectativa humana de lo deseable y se apoya confiadamente en la consumación de la redención que, según las Escrituras, tendrá lugar con certeza cuando Cristo regrese. Inevitablemente, tal **esperanza**

hará que los creyentes triunfen sobre las dificultades de la vida, pues se deriva del tipo de fe que los tesalonicenses recibieron de Dios.

La **constancia de** quienes han recibido esa **esperanza** cumple la promesa de Dios en Mateo 24:13: “El que persevere hasta el fin, éste será salvo”. Dicho concepto no era novedoso, tenía su base sólida en enseñanzas del Antiguo Testamento tales como Proverbios 4:18: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (cp. Jer. 32:40). La senda espiritual de los justos no va de la luz a la oscuridad, va de la luz tenue a la luz total. Se hace más clara cuando la obra de fe de la persona se incrementa, cuando su trabajo de amor se intensifica y cuando su esperanza persevera más y más. Aquellos cuya fe es genuina son aquellos a quienes el Señor les asegura su **esperanza** en el cielo y, por el poder del Espíritu Santo, pueden perseverar hasta el final, como los tesalonicenses (cp. Job 17:9; Jn. 8:31; Fil. 1:6; Col. 1:21-23; He. 3:6, 14). Hebreos 6:10-11 se compara con lo que Pablo escribió aquí: “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza”.

COMPRENSIÓN DE LA ELECCIÓN

Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; (1:4)

El versículo 4 señala la transición de la declaración anterior (v. 3), donde se describe la confianza de Pablo en la condición espiritual presente de los tesalonicenses, a la sección siguiente, donde se enfoca en su conversión pasada (vv. 5-10).

Conocemos, que traduce una forma del verbo griego *oida*, también puede traducirse “vemos” o “percibimos”. Aquí lo usó Pablo para expresar su percepción de que la asamblea en Tesalónica era genuina.

La frase **hermanos amados de Dios** contiene terminología conocida del Nuevo Testamento. **Hermanos** (*adelphoi*) es una palabra común para los hijos de Dios en Cristo. **Amados de Dios** traduce una frase del griego en participio pasivo perfecto (*ēgapēmenoi hupo [tou] theou*) para explicar que los cristianos son los receptores del amor soberano de Dios (cp. Dt. 7:7-8).

Cuando Pablo dijo a los tesalonicenses que estaba seguro de la **elección** divina de ellos, sus palabras estaban en armonía perfecta con el uso del Nuevo Testamento (cp. Mt. 24:22, 24, 31; Lc. 18:7; Ro. 8:33; Col. 3:12; 2 Ti. 2:10). Los cristianos son los elegidos, escogidos por Dios únicamente por su propósito amoroso y soberano, sin ningún mérito o sabiduría humana. En el pasado eterno, Dios escogió soberanamente para salvación a los creyentes y, con el tiempo, los llevó a Él por la obra del Espíritu Santo (Jn. 6:37, 44; Ro. 9:15-16; 1 Co. 1:9; Ef. 1:4-6, 11; 2 Ts.

2:13; 2 Ti. 1:9; cp. Hch. 13:46-48; Ap. 13:8; 17:8). Jesús les dijo a los discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto” (Jn. 15:16). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eligieron solamente a los apóstoles; también eligieron a todos los que han creído en toda la historia. Jesús oró así en su oración sacerdotal: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Jn. 17:9).

Como lo sugieren 1 Tesalonicenses 1:6 y 9, la voluntad del hombre participa en la respuesta a la incitación divina. Así, el evangelismo verdadero es un llamado al arrepentimiento y a creer (p. ej., Hch. 20:21).

LA CONVERSIÓN PASADA DE LOS TESALONICENSES

pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo, de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:5-10)

La certeza de Pablo sobre la elección de los tesalonicenses abarca el recuerdo de cuando ellos se hicieron creyentes en el pasado. En los versículos 5-10, el apóstol expone confiadamente tales recuerdos como razones para afirmar la salvación de ellos.

RECIBIMIENTO DEL EVANGELIO EN PODER Y EL ESPÍRITU SANTO

pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. (1:5)

El primer indicador pasado (y el cuarto en general) de la conversión de los tesalonicenses que certificaba la autenticidad de su elección fue el poder divino revelado cuando se les predicó el evangelio. Cuando Pablo dijo que el **evangelio** llegó **en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre**, no solamente describía la experiencia de los tesalonicenses, sino la de Timoteo, Silas y la suya cuando

declararon por primera vez las nuevas de la salvación en Tesalónica. Pablo y los otros se identificaban tan profundamente con el mensaje de salvación y su poder que lo llamaban “**nuestro evangelio**” (cp. 2 Ts. 2:14), aunque era de Dios (Ro. 1:1; 1 Ts. 2:2, 9), al respecto de la obra expiatoria de Jesucristo (1 Co. 15:1-4).

Primero, Pablo aseveró que se reveló el **poder** porque el mensaje **no llegó** a los tesalonicensés **en palabras solamente**; no fue una simple charla. Lo que importaba no era tan solo las palabras, aunque, por definición, cualquier mensaje —incluido el evangelio— está compuesto de las palabras expuestas en el mensaje (cp. Ro. 10:8, 14; 1 P. 1:22-25). La fe es por oír las palabras de verdad, pero el proceso de participación requiere mucho más que eso. Sin importar la erudición, la lógica convincente, la retórica enérgica o el estilo de comunicación claro e interesante, si la verdad hablada no llega acompañada del poder de Dios, no logra nada. Pero cuando entra en el alma preparada por el poder de Dios, la verdad del evangelio salva (cp. 1 P. 1:23-25).

Jesús indicó la incapacidad de todos los pecadores para creer la verdad cuando dijo: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn. 3:19-20). Bajo esa misma línea Pablo instruyó a los corintios: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3-4; cp. Ef. 2:1). Él ya les había dicho que “el hombre natural” no puede entender el evangelio (1 Co. 2:14). Las palabras estériles de la sola verdad, no importa cuán bien presentadas, no pueden penetrar tal ceguera y muerte espiritual. “Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Co. 4:20). Dios tiene que despertar poderosamente el alma muerta y abrir los ojos de los ciegos para que la verdad pueda regenerar (Ef. 2:4-5).

Tal **poder** evidente para despertar al muerto espiritual viene del **Espíritu Santo**. El poder transformador genuino del alma que acompaña la predicación del evangelio es la obra del Espíritu que estimula al predicador y al oyente. Jesús aludió a esta verdad cuando, justo antes de su ascensión, prometió a los apóstoles: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8).

Pablo sabía que la predicación en Tesalónica llevaba poder divino por la **plena certidumbre** (“profunda convicción”; *NVI*) cuando la impartió. El comentarista Leon Morris ofrece una perspectiva útil de qué quería decir aquí Pablo:

El tercer punto es que el evangelio llegó con “en plena certidumbre”. En el griego no hay repetición de “en”. El efecto es enlazar estas palabras

muy cercanamente con las anteriores. La certidumbre [*plērophoria*] no es un artefacto humano por el cual los hombres puedan persuadirse. Más bien, es el resultado de la actividad del Espíritu Santo que obra en los creyentes. Algunos han creído que aquí la certidumbre era aquello que llegaba a los creyentes cuando depositaban su confianza en Cristo, y posiblemente eso no era ajeno al pensamiento del apóstol. Pero su significado principal es la certidumbre que el Espíritu da a los predicadores, porque Pablo está hablando de la forma en que él y sus compañeros supieron de la elección de los tesalonicenses. Cuando estaba predicando, estaban convencidos en sus corazones de que el poder de Dios estaba obrando. El Espíritu estaba obrando su gracia (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], *The New International Commentary on the New Testament* [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 57-58).

Pablo y sus compañeros predicadores tenían el poder, la confianza y la seguridad del Espíritu, además eran audaces y dependían del **poder** de Dios que obraba a través de ellos y en sus oyentes para efectuar la salvación.

Para enfatizar la idea sobre el poder de predicación de los misioneros, Pablo cerró el versículo con estas palabras: “**como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros**”. Dijo a los creyentes tesalonicenses que el poder espiritual manifiesto en su vida y en la de sus compañeros de ministerio afirmaba la exactitud de su predicación. El apóstol (y, sin duda, Silas y Timoteo también) era veraz, humilde, desinteresado, amable, cuidadoso, apasionado y compasivo con los tesalonicenses. Trabajó entre ellos con sus propias manos para no aceptar dinero de ellos (2 Ts. 3:7-8). Los tesalonicenses no solo habían oído la predicación del evangelio, lo habían visto vivo en Pablo, cuya vida era un ejemplo espléndido del poder del evangelio que predicaba (cp. 2 Co. 1:12).

IMITACIÓN GENUINA DEL SEÑOR

Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, (1:6a)

La quinta marca para probar la elección de los tesalonicenses fue que se hicieron **imitadores de Pablo y del Señor**. **Imitadores** (*mimētai*) es la palabra de la cual se deriva el término español *mímica*. Esta obra transformadora ocurrió al momento de la salvación, cuando los creyentes tesalonicenses se hicieron nuevas criaturas (cp. 2 Co. 5:17). Inmediatamente, los patrones de la vida santa comenzaron a remplazar los antiguos patrones de pecado (cp. Ef. 4:22, 24). Los tesalonicenses, en medio del ambiente pagano, sin liderazgo eclesial veterano, se habían vuelto

imitadores del apóstol, de sus colaboradores y, lo más importante, de Cristo. La salvación comienza con la obra de la santificación (cp. 1 P. 1:1-2). Como lo recordó Pablo a los romanos: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:3-4; cp. 2 Co. 5:17; Gá. 6:15).

El estilo de vida de los creyentes tesalonicenses comenzó a ser muy diferente del paganismo idólatra y sórdido de su pasado y del legalismo de supuesta superioridad moral de los judíos de la ciudad. Se habían vuelto **imitadores** de Jesucristo. Pablo ordenaba a los creyentes seguir esa realidad como un estilo de vida: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Co. 11:1). A los corintios dijo que la experiencia de la santificación era progresiva por el Espíritu Santo, quien los subía a niveles crecientes de gloria, cada vez más a la imagen de Cristo (2 Co. 3:18).

PERSEVERANCIA GOZOSA EN LA TRIBULACIÓN

recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo,
(1:6b)

La sexta marca para confirmar la verdadera elección de los tesalonicenses era su **gozo** en medio del sufrimiento y las dificultades. No importa cuán difíciles se tornen las circunstancias, los verdaderos cristianos no pierden su **gozo** final porque el Espíritu Santo lo concede a los elegidos. El reino de Dios *es gozo* (Ro. 14:17).

Pablo volvió a señalar que los tesalonicenses habían recibido **la palabra**, reiterando simplemente que habían creído el evangelio y se habían convertido. Pero fue así **en medio de gran tribulación**, esto es, en el sufrimiento severo que comenzó cuando Pablo les predicó la primera vez. Como leemos en Hechos 17:1-4 y vimos antes, Pablo y sus compañeros de misión emprendieron un ministerio evangelístico eficaz que se extendió a tres días de reposo en la sinagoga de Tesalónica, después de los cuales continuaron su obra en otro lugar durante varios meses; tiempo suficiente para recibir dos ofrendas de los filipenses (cp. Fil. 4:16), estar empleados (1 Ts. 2:9; 2 Ts. 3:8) y cuidar profundamente de la iglesia (1 Ts. 2:7-11). Como resultado del impacto transformador del evangelio, los judíos iniciaron una fuerte persecución y oposición contra el apóstol:

Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a

Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas. Pero obtenida fianza de Jasón y de los demás, los soltaron. Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos (Hch. 17:5-10).

Es probable que los judíos incrédulos y los gentiles paganos intensificaran la persecución después de que Pablo y sus compañeros dejaran Tesalónica. Pablo reflexionó después sobre ese agravio: “Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos, los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron” (1 Ts. 2:14-15).

La palabra griega que se traduce **tribulación** es *thlipsis*, cuyo significado es “presión intensa”, a diferencia de algo suave. De modo que los creyentes nuevos de Tesalónica experimentaron una persecución severa, pero la autenticidad de su salvación trascendió esa aflicción y así no perdieron nunca el **gozo** (cp. 1 Ts. 3:4; 2 Ts. 1:4; véase en contraste Sal. 51:12).

La respuesta de los tesalonicenses a la persecución y el sufrimiento —**con gozo del Espíritu Santo**— recordaba la reacción anterior de los apóstoles en Hechos. Después de que el sanedrín los azotase, les ordenó no volver a predicar el evangelio y los liberó, “ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41).

Mas no deben considerarse que tales respuestas gozosas y llenas del Espíritu son extrañas o incomprensibles: el gozo es el beneficio divino de estar en Cristo, una de las bendiciones espirituales “en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3). Romanos 5:1-4 declara:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza (cp. Hch. 16:22-25; Gá. 5:22; Fil. 4:4).

La simple alegría humana morirá bajo la persecución; el **gozo del Espíritu Santo** la trascenderá y aumentará. Sin embargo, aunque tal gozo es fruto del Espíritu (Gá. 5:22), todos los creyentes están llamados a regocijarse cada vez más (Fil. 4:4).

COMPORTAMIENTO EJEMPLAR

de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído. (1:7)

El séptimo indicador de la elección de los tesalonicenses, y una extensión de los demás, era su conducta ejemplar. Pasaron de ser imitadores loables de Pablo y de Cristo a ser personas cuyas vidas merecían imitarse. La iglesia se había vuelto un **ejemplo a todos los que habían creído**, un modelo a seguir incluso para cristianos más maduros. **Ejemplo** es la palabra griega *tupos* (“reproducción exacta”) de la cual se deriva la palabra española *tipo*. Los tesalonicenses se convirtieron en planos sobre los cuales los otros en el resto de la región podían construir sus vidas (cp. 1 Jn. 2:6). **Macedonia** era la provincia al norte de Grecia donde estaba Tesalónica, además de Filipos y Berea. **Acaya** era la provincia del sur de Grecia e incluía ciudades tan prominentes como Atenas y Corinto.

Para ilustrarlo específicamente, los tesalonicenses estaban entre los creyentes que Pablo citó a los corintios como modelo por sus ofrendas y su mayordomía financiera. Los tesalonicenses vivían en pobreza extrema, probablemente debido a la persecución que soportaron. No obstante, daban con liberalidad y sacrificio para ayudar a los creyentes necesitados de Jerusalén (2 Co. 8:1-5), demostrando así un modelo de piedad y probando una vez más la realidad de su elección.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA POR TODAS PARTES

Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, (1:8-9a)

Otra característica que verificaba el poder de la salvación en los santos tesalonicenses era su fidelidad en la proclamación del evangelio. **La palabra del Señor**, la verdad divina y salvadora del evangelio, se había **divulgado** a partir de la iglesia en Tesalónica. **Divulgado** (*exēchētai*) se usa únicamente aquí en el Nuevo Testamento y significa “retumbar” o “resonar muy intensamente”. Fuera del Nuevo Testamento el término se usaba para referirse al retumbar de la trompeta o a un trueno. La forma del tiempo perfecto en *exēchētai* indica el sonar continuo y audaz de la iglesia con el mensaje del evangelio.

Desde el momento en que la iglesia se fundó, la proclamación del evangelio resonó, **no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar**. Como Tesalónica era un centro de viaje y comercio, la gente que iba hacia **Macedonia** por la Vía Egnatia, de oriente y occidente, oía **la palabra del Señor** de los creyentes verdaderos, así también quienes visitaban la ciudad en barco y usaban el complejo

portuario. Al parecer, los tesalonicenses que salían de la ciudad también llevaban el evangelio con ellos a **Acaya** y a **todo lugar**. Pablo describió la proclamación de ellos como un sonido constante, creciente y cuyo eco formaba una onda cada vez mayor, pues la iglesia aprovechaba al máximo la ubicación estratégica para proclamar la verdad.

Su influencia era tan clara y extensa que Pablo no tenía **necesidad de hablar nada**. De hecho, las noticias sobre la salvación de los tesalonicenses y su consiguiente testimonio de poder fueron tan convincentes que Pablo dijo que las personas que oían el testimonio de la iglesia podían contar de Pablo y sus compañeros **la manera en que** los recibieron. En lugar de que Pablo contara a las personas que conocía en sus viajes qué había hecho Dios en esa ciudad, ellas le decían lo que todos ya sabían. Toda iglesia podría desear ese impacto y reputación.

LA TRANSFORMACIÓN TOTAL DE LA IDOLATRÍA

y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero,
(1:9b)

La evidencia segura sobre la elección de los tesalonicenses era que ellos se sometieron a un nuevo Amo. La salvación significó una ruptura decisiva con la religión pagana y una nueva dirección para toda su vida personal. Los tesalonicenses abandonaron todo politeísmo y aceptaron al único Dios y al Señor Jesucristo. Pablo expresó este cambio como haberse convertido **de los ídolos a Dios**. **Convertisteis** viene del verbo *epistrephō*, usado en el Nuevo Testamento para indicar que cuando un pecador se convierte hay un giro en la dirección absolutamente opuesta (Hch. 9:35; 11:21; 26:18, 20; 2 Co. 3:16; cp. Lc. 1:16; Stg. 5:20). Tal conversión implica arrepentirse, apartarse **de los ídolos** y someterse solo al Salvador en fe (Hch. 20:21). Tal giro es mucho más que el simple cambio de creencia sobre quién es Cristo; es un cambio completo de lealtades, **de los ídolos a servir al Dios vivo y verdadero**. La palabra que escogió Pablo para **servir** (*douleuein*) quiere decir servir como esclavo, la forma más exigente de servidumbre. Pablo sabía que los tesalonicenses se habían apartado de la devoción servil a los **ídolos** demoniacos, muertos y falsos, a una esclavitud nueva y deseable **al Dios vivo y verdadero** (cp. Ro. 6:16-18).

ANHELO EXPECTANTE POR EL REGRESO DE CRISTO

y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera. (1:10)

La marca décima y final para indicar que en la iglesia de Tesalónica eran realmente elegidos de Dios era que sus miembros esperaban **de los cielos a su Hijo**; es decir, **a Jesús**.

Quienes aman a Cristo anhelan y esperan su regreso. Los apóstoles evidenciaron tal deseo cuando vieron la ascensión de Jesús:

Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hch. 1:9-11).

Pablo afirmó incuestionablemente que Aquel que ascendió una vez al cielo también es a quien los creyentes esperan, Aquel que Dios **resucitó de los muertos, a Jesús**. La referencia a la resurrección determina el escenario para el regreso de Jesucristo. Dios lo **resucitó de los muertos** porque le complació el sacrificio de Jesús por el pecado y porque quería exaltarlo hasta el trono celestial, del cual regresará para ejercer su derecho soberano como Rey de reyes (Hch. 2:24, 32; 3:15; 4:10-12; 5:30-32; 13:33-35; 17:31; cp. Ro. 1:3-4; 2 Co. 13:4; Ef. 1:19-23). La palabra traducida **esperar** se usa solo aquí en el Nuevo Testamento y se refiere a la espera expectante: la espera constante, paciente y confiada.

Esperar con ilusión y paciencia el regreso de Jesús desde el cielo es otro aspecto importante en este primer capítulo para definir a un cristiano. La espera es un asunto recurrente en las cartas a los tesalonicenses (1 Ts. 2:17, 19; 3:13; 4:15-17; 5:8, 23; 2 Ts. 3:6-12). En dos de las otras cartas paulinas el apóstol describió esta actitud de esperar como sigue:

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Ti. 4:8).

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tit. 2:11-13).

El creyente verdadero anhela el regreso de Cristo porque sabe que allí se completará y satisfará el propósito eterno de Dios, que es librarnos **de la ira venidera**. **Librarnos** hace referencia a la liberación que el Señor provee. Él es Libertador y Salvador de quienes en otro caso habrían enfrentado el juicio divino y el castigo eterno. En el mundo antiguo se aceptaba la idea de la ira divina, pero no había esperanza genuina de librarse de ella. En contraste, el mundo posmoderno

rechaza la idea de la ira divina, por lo que no se necesita ni considera al Libertador. *Orgē* (**ira**) describe la oposición resuelta del Señor y su disgusto con el pecado. Algunos creen que **la ira venidera** se refiere a la Gran Tribulación y ven en esta liberación la promesa del arrebatamiento pretribulacionista, cuya explicación se dará más adelante en esta epístola (véase el capítulo 11 de este comentario). Pero el contexto inmediato de la explicación de Pablo sobre la elección y salvación, en lugar de ser escatológico, desecha la ira temporal y señala la **ira** eterna; como sucede con la ira mencionada en 5:9: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Estas diez marcas de los elegidos son ciertas para cada seguidor genuino de Cristo. Pero es posible que, de vez en cuando, incluso los creyentes verdaderos pierdan contacto en sus vidas con estas realidades y vivan de forma no consecuente con su posición en el cuerpo de Cristo. Pedro urgió así a sus lectores: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 P. 1:10). No es porque necesiten convencer a Dios; Él ya sabe quiénes están entre los elegidos. Pero no hay mayor seguridad para quienes profesan fe en Cristo que conocer su condición espiritual verdadera por medio de estos diez puntos de referencia.